

## La indeterminación de cara a la tradición: análisis de *The Wanderer* y

### *Hamlet*

Matías Asensi

Universidad Nacional de La Plata

[matias.asensi@gmail.com](mailto:matias.asensi@gmail.com)

#### Resumen:

Este trabajo busca realizar una comparación entre las interpretaciones de Manish Sharma con respecto a *The Wanderer* y aquellas de Paul Cantor con respecto a *Hamlet*. Principalmente, se comparan las categorías que estos utilizan con respecto a los personajes que abordan, a modo de demostración de distintos aspectos de las sociedades y literaturas que cada uno de ellos analiza. El objetivo no es tanto una comparación entre las obras literarias mencionadas, sino entre las clasificaciones en las que tanto Sharma como Cantor incurren para dar sentido a los protagonistas de los textos que cada uno aborda, sumidos en una indeterminación identitaria.

*Hamlet - The Wanderer - tradición - indeterminación*

En este trabajo nos abocaremos al análisis de *The Wanderer* y de *Hamlet*, circunscribiéndonos al campo de la indeterminación con respecto a diversas tradiciones en competición entre sí, así como las ideologías que estas traen consigo. Las diferencias en tiempo, espacio y contexto socio-histórico de estas hacen inevitable que haya desfases ideológicos entre uno y otro. Por lo tanto, el objetivo es más bien analizar cómo desde una perspectiva actual textos críticos contemporáneos abordan el análisis de dichos textos literarios, trayendo a colación clasificaciones y abordajes teóricos que, si bien no agotan las obras, permiten realizar nuevas interpretaciones de ellas.

Para emprender este análisis nos serán útiles aquellos de Manish Sharma (2011) en “Heroic Subject and Cultural Substance in *The Wanderer*” con respecto a *The Wanderer* y aquel de Paul Cantor (2004) en “*Hamlet. A Student’s Guide*” con respecto a *Hamlet*. También haremos uso de textos complementarios para contextualizar la sociedad anglosajona e isabelina:

“Anglo-Saxon society and its literature” de Wormald (1991) y *Will in the World* de Greenblatt (2005), respectivamente.

Tanto el artículo de Sharma como aquel de Cantor consideran los problemas interiores de los protagonistas de las obras que cada uno analiza: Cantor busca entender un problema que ha llamado la atención de muchos teóricos literarios con respecto a *Hamlet*, es decir, el porqué del retraso de su venganza. Cantor, así como los artículos que este menciona, señala que *Hamlet* habría podido ejecutar su venganza contra su tío Claudius en más de una ocasión. Sin embargo, este decide no dar punto final a la tarea que le fue asignada por el fantasma de su padre. En un principio, trata de cerciorarse de que el fantasma diga la verdad, pero, luego de

darse cuenta de que ese era el caso, aun así, no logra cumplir con la tarea hasta que se hace demasiado tarde.

Las tradiciones que sacan de su eje al personaje de *The Wanderer* (a partir de ahora referido como tal) son el trasfondo activo y heroico del paganismo germánico, por un lado, y aquel piadoso y pasivo del cristianismo por el otro. Sharma argumenta que nuestro protagonista se siente nostálgico de su universo cultural ya extinto. No encaja en la nueva sociedad que ha dejado atrás los viejos valores aristocráticos que unían al guerrero heroico con su señor. Aun así, este encontrará una nueva forma de pertenecer a ese *ethos* heroico al soportar “estoicamente” el desarraigo recordando los viejos tiempos de festines y gloria pretéritos. De esta manera, en un sufrimiento constante de nostalgia continua, el *wanderer* es capaz de mantener vivos esos principios de ética guerrera ya obsoletos para entonces.

En el siglo VII la sociedad anglosajona se guiaba por códigos legales que daban cuenta de una estratificación social en nobles, libres y esclavos. Para evitar la vía de resolución de conflictos mediante la *vendetta*, que imperaba en la sociedad anglosajona, se aprobaron leyes que permitieron pagar al damnificado o a su familia en “*wergeld*” (“veregildo” en castellano, literalmente, “dinero del hombre” o “precio de la persona”)<sup>1</sup> y así evitar disputas (Wormald, 1991).

Vemos así que esta sociedad poseía una aristocracia, la cual se guiaba por un *ethos* guerrero cuyo principio fundamental, como dice Wormald, era “that the warrior owed loyalty (in theory to the point of death) in return for his lord’s generous reward” (Wormald, 1991, 11).

Es de estas recompensas que el *wanderer* habla en los versos 92-93 (traducción propia):

Hwær cwom mearg? Hwær cwom mago? Hwær cwom maþþum-  
gyfa?

Hwær cwom symbla gesetu? Hwær sindon sele-dreamas?

¿Adónde ha ido (¿a parar?) el corcel? ¿Adónde el jinete? ¿Adónde el dador de tesoro?

<sup>1</sup> “En el derecho germánico y, por influencia de este, en el derecho altomedieval, composición pecuniaria considerada como el «precio de la persona» (*Wergeld*) en el caso de lesiones o muerte de una persona. Inicialmente, las acciones u omisiones leves consideradas delictivas dieron lugar a simples actuaciones, judiciales o privadas, para lograr la composición (*compositio*) o acuerdo recíproco entre causante y víctima para conservar la paz entre ambos y su grupo familiar, lo que se lograba mediante el acuerdo de las partes sobre el valor del daño causado (*Busse*)” (*Diccionario panhispánico del español jurídico*, 2020).

¿Adónde fue el asiento en los festines? ¿Dónde está el goce del salón?

Luego de las humillaciones y de casi perder la isla ante las invasiones vikingas, los anglos sintieron un reavivado fervor religioso debido a que consideraron dichas invasiones como un castigo divino. Dios recompensaba a los justos y castigaba a los pecadores, por lo que interpretaron todo lo sucedido como justicia divina. Es así que, durante el reinado del rey Alfred, podía apreciarse cómo en sus nuevas leyes “The Old Testament, which may once have reconciled Anglo-Saxon warrior to a new faith, now imposed radical obligations” (Wormald, 1991, 16).

Es durante esta época turbulenta que *The Wanderer* fue escrito, también de la mano del nuevo programa educativo del rey Alfred, ya que este consideraba que tanto el pecado como la falta de sabiduría habían sido los responsables de los ataques paganos. A diferencia del rol del latín en el análogo “Renacimiento carolingio”, la lengua vernácula fue el principal motor del programa educativo anglosajón, lo cual explica el corpus de tamaño considerable que ha llegado a nuestros días.

En *The Wanderer*, esta “elegía” perteneciente al *Exeter Book* se nos presenta un protagonista que alterna entre los padecimientos que sufre y las proezas y festines de antaño. Hay un claro tono de nostalgia con respecto a un pasado que ha quedado atrás y al cual ya no es posible volver, una comunidad que se ha perdido. Sharma habla de una “disrupción de lazos comunales” (Sharma, 2011, 614), lo cual no es poco, debido a que el *ethos* guerrero precisa de una comunidad que avale esa identidad, de un señor, un *mabþungyfa*, es decir, “quien da regalos”, luego de los combates en recompensa por la valentía de sus hombres.

Sharma argumenta que el *wanderer* “reproduce su *milieu* heroico a través de su pérdida” (Sharma, 2011, 614). El héroe es tal ya que hay un “compromiso con la abstención heroica” (Sharma, 2011, 618) que lo lleva a reavivar esa misma comunidad que ha perdido. En contraste con las ruinas que simbolizan la materialidad y temporalidad de las cosas, la comunidad heroica de antaño pervivirá dentro del *wanderer* en la continua renovación de su nostalgia, sin decirle a nadie, conservando ese pesar para sí mismo como una aventura de un solo protagonista cual Beowulf. En palabras del mismo *wanderer*:

ne sceal næfre his torn to rycene beorn of his breostum acyþan (vv. 113-4)

Un hombre nunca debe exhalar su pesar demasiado rápido.

En esta oración no se encuentra la palabra “guerrero” en sí misma, sino *beorn* (“hombre, hijo de hombre”), pero, tanto en la traducción de Sharma al inglés moderno como en otras, se considera esto un saber “gnómico”, es decir, cultural, vestigios del pasado *ethos* heroico. Por lo tanto, esta acepción de “hombre” (y, de hecho, así lo traduce Sharma), involucra un saber popular que no solo el guerrero había de conocer, sino que imbrica otras áreas de la sociedad. Quizás es por esto que Sharma dice que “Lecturas agustinianas o boecianas no han satisfecho a los académicos” (Sharma, 2011, 612), ya que, más allá del abandono de lo material en pos de lo divino, aquello inmaterial, el saber cultural de una comunidad perdida, no ha sido abandonado, como puede apreciarse en esta invocación del *wanderer* a dichos saberes. El hecho de invocar la sabiduría popular de aquella gente, que ya no es, logra en cierto modo que esta sociedad “siga siendo” dentro de la memoria y de las subsecuentes invocaciones que de ella hace el *wanderer*.

Finalmente, Sharma pone al *wanderer* entre dos extremos. Por un lado, aquel de Byrhtnoth de la *Batalla de Maldon*, como quien ignora todo cambio que haya podido darse y, llevado por *ofermod*, lleva a los anglosajones a resultados desastrosos. Por el otro lado, está aquel de Alcuino de York quien rechazaba de lleno todo interés por el pasado heroico de los anglosajones. Como Sharma nos dice: “Mientras que Byrhtnoth trata de sumergirse de lleno en esa cultura heroica perdida, Alcuin rechaza esa cultura en seco” (Sharma, 2011, 627). Este rechazo se encuentra cristalizado en la frase plasmada en la epístola 124 donde se relata una pregunta retórica que este hizo en un banquete eclesiástico en el que había una clara fascinación por los relatos heroicos paganos: “*Quid enim Hinieldus cum Christo?*”. Si bien la postura de este pareciera discordar con sus contemporáneos, debemos tener en cuenta que la misma fue dicha en un contexto distinto de aquella Inglaterra en proceso de cristianización. Él mismo pronuncia estas palabras en épocas del imperio carolingio, de trasfondo profundamente cristiano, y con una tradición latina de mayor longevidad. Además, la audiencia a la que habla es justamente el clero que debía oponerse a cualquier exaltación de personajes paganos. Estando proscrita esta celebración de los dramas paganos, no es de extrañar que también Wormald incurra en la misma cita, además de recordarnos que Alcuino

también dijo: “the eternal king reigns in Heaven, the lost pagan laments in hell” (Wormald, 1991, 9).

Más allá de esta dicotomía hay una postura más que este agrega y que nos lleva a encontrar ecos shakespearianos. Como “tercer vértice” este propone a Grendel como el “sujeto vaciado de toda sustancia” entendida esta como identidad sociocultural (Sharma, 2011, 627). Esta posición se encuentra ocupada por un monstruo humanoide como “caso límite monstruoso”. El “imposible sujeto sin palabras” que nos muestra como una suerte de *reductio ad absurdum* el riesgo que corre el sujeto al desembarazarse de toda comunidad y habitar en un solipsismo absoluto que deriva en la desfiguración identitaria de la persona.

Es así que la conexión con el príncipe danés tiene lugar. Cantor está convencido de que la indecisión de actuar de Hamlet, de ejecutar su venganza en la primera oportunidad, se debe a su condición de “Grendel”, de su corazón indeciso que no encuentra una sola ética a la que atenerse y, por ende, sucumbe a la “amórfosis” de un sujeto carente de identidad social que lo sustente. Sin embargo, a diferencia del *wanderer*, es el ideal heroico, recuperado durante el Renacimiento que irrumpe en un mundo cristiano que, debido a la Reforma, se ve fragmentado y, como argumenta Greenblatt, escindido de todo un edificio ritualístico que sustentaba la identidad de los ingleses, tanto vivos como muertos.

Si bien Cantor también está enfocado en la indefinición de la entidad del protagonista, el cual ve su yo escindido por dos tradiciones mutuamente incompatibles, este se diferencia de Sharma en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, el modelo opuesto a aquel de la cristiandad se encuentra plegado en tres: “There is Laertes, the model of a modern courtier, a young gallant trained in Paris. There is Hamlet’s fellow student, Horatio, schooled at Wittenberg in Stoic ideas, and a model of rational control. And finally there is Fortinbras, Hamlet’s Norwegian model of the heroic soldier” (Cantor, 2004, 50). En segundo lugar, a diferencia de Sharma, este no propone un personaje que encarne los valores cristianos como lo hace Sharma al hablar de Alcuino (quizás porque estos habitan en el yo de Hamlet mismo). Citaremos a continuación tres extractos de *Hamlet* para ilustrar dichas encarnaciones. En cuanto a Horacio, él mismo asegura: “Never believe it. I am more an antique Roman than a Dane” (5.2.319-320). Esto hace explícito su vínculo con la tradición romana, además de la rapidez con la cual, en la misma escena, este decidió suicidarse luego de ver a Hamlet muriendo, una actitud poco cristiana considerando la posición de esta religión con respecto a

quitarse la propia vida. En esa misma escena, también podemos apreciar la reacción y la elección de palabras que Shakespeare pone en boca de Fortinbras:

Let four captains  
Bear Hamlet like a soldier to the stage,  
For he was likely, had he been put on,  
To have proved most royal  
(5.2.374-377)

Así, podemos ver que la inclusión en el rito funerario de capitanes y soldados, además de la exaltación del ideal guerrero como sinónimo de realeza pone a Fortinbras como encarnación por antonomasia del ideal guerrero germánico.

Laertes dice antes del combate con Hamlet:  
I am satisfied in nature,  
Whose motive in this case should stir me most  
To my revenge; but in my terms of honour  
I stand aloof, and will no reconciliation  
Till by some elder masters of known honour  
(5.2.216-220)

De este modo, y con la insistencia y reiteración de la palabra “honor”, se deja entrever el ideal cortesano e incluso caballeresco donde el honor de un hombre es uno de los dones más estimables.

En cuanto al primer aspecto, los tres personajes referidos no son mostrados nunca con la misma duda o indeterminación que acecha a Hamlet durante toda la obra. Cantor habla de una ausencia de personalidad trágica en estos personajes debido a que “they do not share his (Hamlet’s) openness to the ethical alternatives this world offers” (Cantor, 2004, 51).

En cuanto al segundo aspecto, podría pensarse que el fantasma sería un candidato potencial para esta categoría, pero el mismo le “arrebata a Dios el monopolio de la venganza” (Greenblatt, 2005, 206) al pedirle a Hamlet que lo vengue, además de que su comportamiento

en vida está más alineado a aquel de Fortinbras (o Byrhtnoth). Más allá de este fenómeno sobrenatural, no se encuentran figuras eclesiásticas en las cuales se renueve el camino de la fe. Más aún, este mundo cristiano de la *post*-Reforma se ve acechado por un “sentido de duda y desorientación (...) donde toda la estructura ritual que ayudaba a hombres y mujeres a lidiar con la pérdida ha sido herido de fatalidad” (Greenblatt, 2005, 206), es decir, el concepto de Purgatorio. Greenblatt explica cómo un Shakespeare cuyo hijo había muerto, y cuyo padre firmaba documentos para asegurarse rezos ante su eventual muerte, podría haber aprovechado los pedazos de ese edificio roto para construir las incertidumbres escatológicas y dilemas trágicos de su obra (Greenblatt, 2005).

Al final, tanto Hamlet como el *wanderer* carecen del suicidio como solución a sus predicamentos, en ambos casos debido a sus cosmovisiones. Hamlet no puede debido a que el cristianismo, sea anterior o posterior a la Reforma, no admite el suicidio en ningún caso, mientras que el *wanderer* se basa en su ética férrea de guerrero para no elegir esta salida. Si bien ambos rehuían esta alternativa, el final de cada uno difiere en cuanto a su consideración. Hamlet elige un “suicidal non-suicide” (Cantor, 2004, 55) reflejo del ahogamiento de Ophelia “en defensa propia” (V.i.6-7), al aceptar un sospechoso duelo de Claudius con tal de desembarazarse de la responsabilidad de su muerte. Este no encontró una vía para reparar su identidad fragmentada y, cual Grendel buscando un Beowulf en el salón de Hrothgar que le dé fin a su amorfa existencia, acepta el duelo con Laertes buscando su fin. El *wanderer* en cambio, siguiendo la tesis de Sharma, es capaz de crearse una nueva identidad a sí mismo mediante el recordar la comunidad perdida y mantenerse firme en seguir viviendo, sufriendo y recordando, pero al mismo tiempo creando.

Es de esta forma que el *wanderer*, a la manera de un Beowulf valiente, logra subsistir y darle un sentido a su existencia rodeada de las ruinas materiales de lo que una vez fue pero que, en parte, seguirá siendo dentro de él. Por su parte, Hamlet con sus manos llenas de la sangre de Rosencrantz, Guildenstern, Laertes, Claudius, Polonius e, indirectamente, su madre, llega a su final de manera trágica sin “dar la otra mejilla” ni, como hace Eneas, “*immolat et poenam ex sanguine sumit*” (los verbos “inmolar” y “castigar” utilizados en el cumplimiento de venganza de Eneas, héroe clásico por antonomasia) (Virgilio, *Eneida* liber XII, v 949). Es decir, no muere peleando sino después del combate, envenenado por un Laertes cuyo ideal de venganza eclipsó su identidad como baluarte del honor cortesano. Así como Claudius

reclamó el trono a su hermano a través de artimañas (sin combate alguno), así cayó Hamlet, quien ya había dejado las urdimbres de lado y, haciendo honor a su sangre danesa, se dejó llevar por un combate que terminó siendo el último. Herido, en el suelo, entonces muere como el monstruo cuyo brazo mutilado se desangró hasta recibir el abrazo de la muerte.

### Referencias bibliográficas

- Amodio, M. C. (2014), "The Wanderer". *Anglo-Saxon Literature Handbook*, Hoboken: Wiley-Blackwell, pp. 229-233.
- Cantor, P. A. (2004), *Hamlet. A Student's Guide*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 20-59.
- Diccionario panhispánico del español jurídico* (2020). [Diccionario panhispánico del español jurídico - RAE](#)
- Greenblatt, S. (2005) "Speaking with the Dead", *Will in the World. How Shakespeare Became Shakespeare*, New York & London: W. W. Norton & Company, pp. 288-322.
- Shakespeare, W. (1982), *Hamlet*. H. Jenkins (Ed.), *The Arden Shakespeare*. Methuen & Co.
- Sharma, M. (2012). Heroic Subject and Cultural Substance in *The Wanderer*. *Neophilologus* 96, pp. 611-629. <https://doi.org/10.1007/s11061-011-9278-9>
- Wormald, P. (1991). Anglo-Saxon society and its literature. M. Godden & M. Lapidge (Eds.), *The Cambridge Companion to Old English Literature*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CHOL9780521817752.007>